

Rubén Darío y la miticidad en la literatura nicaragüense

Nicasio Urbina, Universidad de Tulane

Como todos sabemos, Rubén Darío es el más importante poeta que ha dado Nicaragua. Su vasta obra está profundamente marcada por las mitologías griegas y romanas, pero no faltan también numerosas alusiones a las mitologías orientales. En este sentido se puede decir que Darío es un poeta mítico o mitológico, y basta una lectura superficial de su obra para confirmar tal hecho. Hay numerosos estudios en la vasta bibliografía rubendariana que lo atestiguan. Por otro lado la figura del poeta ha alcanzado niveles míticos tanto en la historiografía literaria, como en la concepción popular que de él se tiene. Si esto es cierto a nivel continental, lo es todavía mucho más a nivel nacional, ya que para los nicaragüenses Darío es uno de los grandes héroes nacionales, es una figura casi mitológica, sobre la que se cuentan innumerables historias y alrededor de la cual se ha forjado toda una concepción idealizada y alimentada por hazañas y aventuras, a menudo falsas, que al igual que las historias del Olimpo, pasan de boca en boca, se inscriben en sucesivas biografías, en novelas y narraciones, se enseñan a los niños en las aulas y se discuten en las mesas de tragos y reuniones sociales. La miticidad en Darío es por tanto doble: tenemos por un lado el uso que él hace de los elementos mitológicos, y por el otro la mitificación de la que su figura ha sido objeto en el imaginario nacional.

En un libro que tengo en preparación sobre *La miticidad en la literatura nicaragüense*, estudio con detenimiento este problema. En esta ocasión quiero concentrarme en unas cuantas evidencias de la miticidad de Darío en el imaginario social nicaragüense. La nacionalidad nicaragüense, tal y como yo la veo, está erigida sobre una serie de mitos y mitoides que aparecen una y otra vez en sus textos, en sus cantares y leyendas, en sus creencias populares, en sus prototipos: Nicaragua como tierra prometida y como paraíso perdido, el paso a la Mar del Sur y el canal interoceánico, Augusto César Sandino y Rubén Darío, la utopía de la revolución y el desengaño de la dictadura.

La obra y vida de Rubén Darío han creado un mito en Nicaragua, han sido elevadas a la categoría de mito, y han alcanzado proporciones míticas. En este sentido es que yo hablo de una miticidad dariana. Son innumerables los comentarios, ensayos, poemas, iconografías y discursos en los que se desarrolla la miticidad de Rubén Darío. El triunfo y el éxito rotundo de Darío le ha ganado la simpatía de todos los nicaragüenses,

por eso Manolo Cuadra llega a decir que Darío es el único poeta que es profeta en su tierra.¹

Durante su vida Darío no se benefició mucho de Nicaragua. De hecho, podemos decir que en cierta forma el país le fue hostil. Tuvo una infancia y niñez hasta cierto punto desdichada. Recuérdese aquella frase de su *Autobiografía* donde se pregunta '¿Fue infancia la mía?' Vivió errante siempre, de un país a otro, de una ciudad a otra, y fue poco en realidad el tiempo que vivió en Nicaragua. Colombia fue la primera nación en darle una representación diplomática, y *La Nación* de Buenos Aires fue el periódico que le proporcionó un *modus vivendi* permanente y confiable, aún cuando él no fuera totalment puntual con sus crónicas. Nicaragua le volvió la espalda muchas veces.

Sin embargo desde muy pronto la figura de Darío empezó a crecer en los medios literarios nicaragüenses. Desde su infancia Darío se hizo famoso entre los amantes de la poesía e incluso entre los políticos, por su talento para escribir poemas y recitarlos en los actos públicos. Desde la primera adolescencia Darío se ganó el mote de 'niño-poeta'. Hacía poemas que escribía en papelitos y eran repartidos en las verbenas y las procesiones de la Virgen, se le encargaban composiciones para diferentes actividades, y pronto fue muy reconocido en León por sus proezas mnemotécnicas.

Salomón de la Selva rescata estas imágenes de la vida de Darío en su novela *La Dionisiada*,² donde la admiración por el niño-poeta es evidente. Luis, uno de los personajes, le dice a Nicho: 'En París voy a estudiar para médico ... que es lo que quiere mi papá que sea. Pero yo quisiera ser poeta como Rubén Darío. ¡Pobre que tenga que andar descalzo!' (p. 289). Y más adelante la mamá de Luis dice: 'Pero no es sólo Luisito el que cree a Rubén un genio, sino que todo el mundo. Lo van a mandar a estudiar a Chile, digo yo que a echarlo a perder, porque ya a veces no se le entiende lo que escribe, y si llega a saber más, no lo entenderá nadie' (p. 289). En esta, una de las dos, o tres novelas de Salomón de la Selva, si se quiere aceptar *Ilustre familia* como novela en verso,³ hay muchas referencias al estatus que Darío iba ganando a medida que desarrollaba su carrera poética. El narrador se encarga de dar noticias del poeta en el sumario introductorio de la sección 2 del capítulo IX: 'Y también había noticias de Rubén Darío. Había publicado *Azul*, su primer gran libro, en Chile. Los críticos de todo el mundo lo llamaban ya el primer poeta de habla castellana. Se habían reproducido juicios críticos de su obra, colmándolo de elogios y llamándolo Don Rubén Darío' (p. 295). Cuando Luis regresa de París, graduado como doctor en medicina, afirma haber estado con Darío, y cuando Nicho le pregunta por el bardo, le contesta: '¡Ah! Es el príncipe de las poesía castellana. Lo dice Rémy de Gourmont, con lo que basta. Verás cuando se publique su próximo libro, que se llamará *Prosas Profanas*. Tenés que venir a verme para que te lea esos versos' (p. 296).

La influencia de Darío en los poetas de su generación, y en la inmediatamente posterior fue avasalladora. Sus dos regresos a Nicaragua fueron demostración clarísima de su popularidad e influencia en la sociedad de su época. Se multiplicaron los agasajos, muchedumbres enormes lo fueron a recibir a la estación de trenes, y toda la poesía de la época está marcada por la impronta de Darío.

Pero la posición de Darío frente a la intelectualidad nicaragüense no siempre fue tan positiva. Como sucede a menudo, los grupos generacionales se dividen y se oponen en un movimiento dialéctico que de hecho sirve para impulsar y regenerar los ímpetus creadores. Este fenómeno ha sido estudiado más recientemente por Harold Bloom en su *Anxiety of Influence*.⁴ El grupo de vanguardia, como todos los *ismos* de post-guerra que se desarrollaron en Europa y América, representaron una reacción muy dinámica contra la escuela precedente. De esta forma, tanto la estética modernista, como el abuso y desvirtuación de esa estética a manos de los postmodernistas, fueron objeto de las más arduas críticas por parte de un grupo de jóvenes, talentosos y enérgicos, que por los años treinta, empezaban a escribir y a reunirse en la ciudad de Granada. De esta empresa nos queda el más famoso documento del descontento contra Darío, en la “Oda a Rubén Darío”, de José Coronel Urtecho. Este poema habría de definir en gran medida la posición del movimiento de Vanguardia, frente a la presencia del ‘paisano inevitable’ como lo llama en la última estrofa. La posición de Coronel Urtecho es a la vez de rechazo y de adhesión, es la insurrección del discípulo frente al admirado maestro, y en su búsqueda del verdadero Darío, el poeta se opone a los falsos seguidores:

He tenido una reyerta
 Con el ladrón de tus corbatas
 (yo mismo cuando iba a la escuela)
 el cual me ha roto tus ritmos
 a puñetazos en las orejas. (p. 22)⁵

Con este poema José Coronel Urtecho contribuye en forma decisiva a la posición que el grupo tomaría con respecto a Darío.

Pablo Antonio Cuadra, uno de los miembros más activos de ese mismo grupo de Vanguardia, supo pronto reconocer la maestría del poeta. En su discurso inaugural ante la Academia Nicaragüense de la Lengua, en 1945, titulado “Introducción al pensamiento vivo de Rubén Darío”, nos brinda un interesante recuento de ese periplo. Como su oposición al Darío extranjerizante, empezó a cambiar al oír aquella conversación referida por Oviedo, entre el cacique de Nicaragua y Gil González Dávila. ‘Fue en esa frase del cronista y bajo la luz de aquel encendido crepúsculo lacustre donde yo descubrí por primera vez, para mí, la nicaragüanidad de Rubén Darío...ese otro indio que habló como ninguno a los hispanos’.⁶

A medida que fue pasando el tiempo y fue madurando la estética de Cuadra, su admiración y entendimiento de Darío ha ido creciendo, y aunque su poética es totalmente diferente de la del autor de *Prosas Profanas*, Darío es para Pablo Antonio Cuadra un indiscutible maestro.⁷

Otro poeta que también participó del grupo de Vanguardia fue Manolo Cuadra, quien en "Rubén Darío, emperador" señala la influencia que algunos de sus famosos versos han tenido y tienen en el público general, en trabajadores y personas no relacionadas directamente con la literatura:

El hacía frases para los otros. Frases que vivimos usándolas para explicar, a veces nuestra moral particular, un punto de vista, una reacción muscular, el impulso subconsciente, rezago acaso de los remotos períodos glaciales.⁸

También en su poema titulado "A don Rubén Darío", Manolo Cuadra presenta claramente su posición frente a la estética dariana. Es patente en este poema su admiración, su respecto y su voluntad de aprender, pero es también claro su distancia para con la poesía dariana:

Solo yo pasé frío
ante tus levitas académicas
y no ultrajaron mis pies tus alpargatas.
De ahí que oiga tu voz agradecida
diciéndome complacida:
- Gracias, muchas gracias.⁹

Es claro que esta distancia para con Darío es una cuestión epocal, propia del movimiento de Vanguardia. Este poema fue escrito en Tipitapa, en 1929, dos años después del famoso poema de Coronel Utrecho. Pero el individualismo y la originalidad de Manolo Cuadra es una de las marcas de su obra. Por eso en la estrofa siguiente nos dice:

Soy orgulloso de mi luz tubular,
porque el aceite es mío, maestro.
Gasto chaquetas íntegras
vuelto los ojos hacia sí mismo.¹⁰

Este es un poema un tanto problemático en cuanto a la posición que Cuadra le concede a Darío. El poema es claramente acusativo, está lleno de ofensas y epítetos. Lo llama 'descomunal ratero' (p. 14) y le echa en cara 'el mal que nos hiciste' (p. 15), pero en el fondo el poema es un ajuste de cuentas lleno de emoción y admiración. Desde el principio le dice: '¡Cazador de venados! ¡No te ofendas, maestro!' (p. 12), y mezcla constantemente el elogio y el reclamo. Como la mayoría de los jóvenes poetas de la generación de Vanguardia, Manolo Cuadra se sitúa frente a

los seguidores de Darío, y esto lo lleva a la vez a situarse a ratos contra Darío.

El mal que nos hiciste, ¡oh, maestro!
 Porque en tus filosofías de culebra
 guindado de unas ramos nos dejaste tus mudas
 que vistieron después los papanatas. (p. 15)

Pero tras la burda imitación y la vacua palabrería de los seguidores de Darío, Manolo Cuadra sabe reconocer el genio del poeta. Su poema está lleno de tácito reconocimiento y profunda admiración, y en sus estrofas se revela la enseñanza del poeta.

Huelga decir que no se puede presentar en este breve estudio todas las composiciones, poemas y referencias a Darío que hay en la literatura nicaragüense. Luis Alberto Cabrales le dedica su interesante estudio *Provincialismo contra Rubén Darío*,¹¹ donde deja testimonio de su admiración por el poeta. Hay referencias en Ernesto Cardenal, en Carlos Martínez Rivas, en Sergio Ramírez y en Rosario Aguilar que bien podrían dar lugar a otro estudio.

Sin embargo, ahora cabe mencionar la mitificación que la figura de Darío ha sufrido a manos del pueblo nicaragüense. Su fama de genio poético por ejemplo, va unida a su afición por la bebida, de forma que en el imaginario social hay muchísimas referencias a las cualidades poéticas de Darío bajo la influencia del alcohol. La idea de que Darío borracho componía sus mejores poemas es prevalente entre la población nicaragüense. Es muy popular la idea de que la suya era una vida de fiesta y jolgorio, en parte sustentada por sus cantos al vino y las numerosas referencias a libaciones y alcoholes. Los que hemos estudiado la vida de Darío sabemos que nada es más distante de la realidad. Darío era un hombre tímido y callado en las tertulias. Generalmente hablaba poco, y quizás por eso cuando lo hacía, su público lo escuchaba con atención. Es cierto que muchas veces el punto culminantes de una tertulia era cuando Darío recitaba una de sus composiciones recientes. Pero eso dista mucho de la imagen que el pueblo nicaragüense se ha formado del poeta.

Otra característica importante que ha contribuido a su miticidad, ha sido la fama de mujeriego que le ha rodeado. Una vez más, esta percepción está sustentada por la lectura superficial de su obra, donde la belleza femenina ocupa el lugar central. El Darío de las múltiples conquistas, el hombre que con sus poemas encantaba y poseía a quien quería, es una imagen muy fuertemente arraigada en la idiosincracia del nicaragüense. Esta percepción es totalmente errónea. Darío era un hombre que con mucha dificultad se acercaba a las mujeres. Sentía una especie de parálisis que casi le impedía actuar, y varias veces se quejó de que las mujeres lo buscaban por su poesía, pero no por él mismo. Pero el mito no tiene que coincidir con la realidad. Por el contrario, no hay nada más contrario al

espíritu mítico y a la miticidad en general, que la vulgar y prosaica realidad. La sociedad nicaragüense, esencialmente machista y glorificadora de la bebida como una actividad masculina, se regodea en la imagen de un Darío bohemio y mujeriego, genial y pícaro, elegante y exitoso. Cada uno de nosotros invoca la imagen de Darío, como cada uno de nosotros invoca la imagen de Sandino. Necesitamos de nuestros héroes para justificar nuestra existencia, para darle sentido a nuestra tragedia y a nuestra historia. Así es como Darío ha llegado a ser uno de los dos grandes pilares sobre los que se erige la nacionalidad nicaragüense. Nicaragua es una nación de poetas, todo el mundo es *pueta* en Nicaragua, porque en Nicaragua *pueta* se escribe con *u*. Y eso sólo es posible cuando nuestra organización mental se ordena en torno a una figura como la de Darío. No importa qué ideología yo quiera sustentar, no importa qué característica humana yo quiera subrayar, siempre la figura de Darío me podrá servir de escudo.

Como dice Pablo Antonio Cuadra:

Miles de bocas recitan sus poemas como quien toma fusiles contra el imperialismo yanqui. Otras multitudes los gritan como quien alza como quien alza banderas de panamericanismo. Los casticistas hacen partido de su hispanidad. Los afrancesados van con él a París. Los liberales usan sus versos como escarapelas. Los reaccionarios tras de ellos se atrincheran. Y en medio contrarios aplausos, Rubén recorre – en alta y unitaria ruta – todos los caminos de la genealogía hispanoamericana, para expresar, como un clásico, la viva voz de su raza, el bullente mundo de su cultura, agónica entonces y todavía entre las dos tentaciones de nuestra alma mestiza: la aventura y el orden.¹²

NOTAS

- ¹ Véase a este respecto Manolo Cuadra, “Rubén Darío, profeta en su tiempo, en su poesía y en sus patrias”, en *El gruñido de un bárbaro, visiones y confesiones* (Managua: Nueva Nicaragua, 1994), pp. 141–46.
- ² Salamón de la Selva, *La dionisiada* (Managua: Fondo de Promoción Cultural, Banco de América, 1975).
- ³ Salamón de la Selva, *Ilustre familia: poema de los siete tratados* (México, 1952).
- ⁴ Harold Bloom, *The Anxiety of Influence: A Theory of Poetry* (New York: Oxford University Press, 1973).
- ⁵ José Coronel Urtecho, en *El Pez y la Serpiente*, 22–23 (invierno 1978–verano 1979), pp. 21–24.
- ⁶ Pablo Antonio Cuadra, “Introducción al pensamiento vivo de Rubén Darío”, *Torres de Dios* (San Juan: Libro Libre, 1986), pp. 169–170.

- ⁷ Véase Pablo Antonio Cuadra, *Aventura literaria del mestizaje y otros ensayos* (San José: Libro Libre, 1988).
- ⁸ Manolo Cuadra, *El gruñido de un bárbaro*, p. 70.
- ⁹ Manolo Cuadra, *Sus mejores poemas* (Managua: Club del Libro Nicaragüense, 1962), p. 13.
- ¹⁰ Manolo Cuadra, *Sus mejores poemas*, p. 13.
- ¹¹ Véase Luis Alberto Cabrales, *Rubén Darío* (Managua: Publicaciones de la Secretaría de la Presidencia de la República, Ediciones “Cuadernos Darianos”, 1964).
- ¹² Pablo Antonio Cuadra, “Introducción al pensamiento vivo de Rubén Darío”, p. 168.